



Retrato de Borges expuesto en la muestra de Daniel Mordzinski, Fotógrafo entre escritores, clausurada este mes en la Casa de América de Madrid.

Es el rey del entrecornillado, y casi siempre, gracias a la independiente verdad de sus afirmaciones, de la provocación y la disidencia. En este momento de gustos masivos y *top ten* aborregantes, leer los juicios de Jorge Luis Borges (los «juegos de un tímido» como gustaba de llamarlos) es una pura necesidad y una infalible medicina contra los pensamientos dirigidos.

La *Enciclopedia Borges* (editada en España por la malagueña Editorial Alfama, 24 €), recopilada y comentada por Marcela Croce y Gastón Gallo, presenta en 527 páginas un compendio en orden alfabético de todas las obsesiones borgianas, recogidas de la abrumadora y casi inabarcable cantidad de reseñas, ensayos, cuentos, poemas y otros ejercicios que legó a la humanidad el gran ciego.

El libro no es definitivo, porque, como apuntan los autores en el prólogo citando a Borges, «el texto definitivo corresponde a la religión o el cansancio», pero sí un buen aperitivo para entrar en la polimórfica obra del genio de los tigres, el tiempo, los enigmas y el laberinto.

Esto es un esbozo literal, desde la A hasta la Z, del disperso y agudo ingenio de un escritor (Buenos Aires, 1899-Ginebra, 1986) que siempre respetó el buen juicio del lector con la elegante mala uva que sólo los modestos tienen derecho a ejercer. A partir de aquí, toda la voz es textual. Silencio, habla Borges. En orden alfabético:

Argentina. Un argentino es un individuo, no un ciudadano. Es lícito decir que la mejor tradición argentina es superar lo argentino.

Buenos Aires. La pampa y el suburbio son dioses [...] La pampa es una serie de procesos mentales. Lo mismo cabe decir de la abrumadora pero casi invisible grandeza de Buenos Aires, que ciertamente no es tal o cual avenida o tal o cual paseo, sino nuestra conciencia de las desparramadas leguas y leguas de casas rectilíneas y bajas.

Kirchner opta por Maradona

El Gobierno de Argentina, que preside Cristina Fernández de Kirchner, tiene claro quiénes son los iconos culturales del país: Maradona, Gardel, Evita y el Che. El cuarteto representará al país en su condición de invitado de honor en 2010 en la Feria del Libro de Frankfurt (Alemania), la más importante del sector editorial. La decisión del Ejecutivo, anunciada la semana pasada, ha montado una escandalera más que justificada. ¿Dónde están Borges, Cortázar, Sábato o cualquiera de los muchos argentinos que ejercieron el arte de la tinta?

Ciguera. Es una clausura, pero también es una liberación, una soledad propicia a las invenciones, una llave y un álgebra.

Darwin, Charles. La equivocación de Darwin (sospecho) fue la de suponer que sólo con los ojos se ve; también el recuerdo y el entendimiento saben mirar.

Enciclopedia. Notoriamente no hay clasificación del universo que no sea arbitraria y conjetural. La razón es muy simple: no sabemos qué cosa es el universo.

Francés. El francés tiene una buena literatura a pesar de su afición a las escuelas y movimientos, pero el idioma en sí es, me parece, bastante feo.

García Lorca, Federico. Un andaluz profesional (que practicaba) un fraudulento arte popular con metáforas.

Hitler, Adolf. No es imposible que Adolf Hitler tenga alguna justificación; sé que los germanófilos no la tienen.

Inglaterra. No hace falta señalar que algunos hábitos ingleses me resul-

tan del todo ajenos: el té, la familia real, los deportes «varoniles» o la devoción fanática por cada línea de Shakespeare.

Joyce, James. Un tejido de lánguidos retruécanos en un inglés veteado de alemán, de italiano y de latín.

Kipling, Rudyard. Desde Shakespeare, sólo Kipling escribió con todo el idioma.

León, Fray Luis de. Cuando usted lee a fray Luis, se da cuenta de que era mejor persona que Quevedo, o que Góngora, que eran personas vanidosas, barrocas, que querían asombrar al lector.

Mil y una noches. Decir mil noches es decir infinitas noches, las muchas noches, las innumerables noches. Decir «mil y una noches» es agregar una al infinito.

Novela. Soy demasiado tímido para ser un buen lector de novelas. Me siento perdido entre tanta gente. Cuando era joven me gustaba olvidarme entre las multitudes de Dickens, de Hugo o de los rusos; ahora me siento tan incómodo en esas turbas como en una sesión académica, en un banquete o en una fiesta de fin de año.

(Española). Ese fragmento arrancado de la caliente África, y tan burdamente soldado a la inventiva Europa.

Ortega y Gasset, José. Hablé con él una sola vez, diez o quince minutos, y creo que nos aburrimos mutuamente.

Premio Nobel. Primero a Gabriela (Mistral), ahora a Juan Ramón (Jiménez). Son mejores para inventar la ladnamita que para dar premios.

Quevedo, Francisco de. Para gustar de Quevedo hay que ser (en acto o en potencia) un hombre de letras; inver-

samente, nadie que tenga vocación literaria puede no gustar de Quevedo.

Rusia. Combina con naturalidad los estigmas de lo rudimentario, de lo escolar, de lo pedantesco y de lo tiránico.

Shakespeare, William. (Los sonetos) Incurren en alegorías momentáneas, que sólo justifica la rima, y en ingeniosidades nada ingeniosas.

Tango. Una cosa es el tango actual, hecho a fuerza de pintoresquismo y de trabajosa jerga lunfarda, y otra fueron los tangos viejos, hechos de puro descaro, de pura sinvergüencería, de pura felicidad del valor.

Unamuno, Miguel de. Del ingenio sólo nos pueden salvar los graves hombres del Norte: Unamuno, Baroja.

(Cer) antes. Las aventuras del Quijote no están muy bien ideadas, los lentos y antitéticos diálogos—razonamientos, creo que los llama el autor—pecan de inverosímiles, pero no cabe duda de que Cervantes conocía bien a Don Quijote y podía creer en él. Nuestra creencia en la creencia del novelista salva todas las negligencias y fallas.

Welles, Orson. («Ciudadano Kane») adolece de gigantismo, de pedantería, de tedio. No es inteligente, es genial, en el sentido más nocturno y más alemán de esta mala palabra.

(E) presionismo. Los escribidos del grupo Sturm hacen de la poesía empuinado juego de palabras y de semejanza de sílabas.

(B) ron, Lord. Qué raro es pensar que todos los hoteleros de Suiza deben su fortuna a Byron y a los otros románticos.

(Niet) sche, Friedrich. No razónó, afirmó; sabía que remotos apologistas vindicarían cada una de sus palabras.